

---

## Sobre la obra docente y directiva de Silvio Zavala\*

Andrés Lira  
El Colegio de Michoacán

Los *Datos biográficos y profesionales del doctor Silvio Zavala*, publicados en 1982 por El Colegio Nacional, pasaron de las 92 a las 147 páginas cuando en 1993 se recogieron en formato semejante, bajo el título de *Bibliografía de Silvio Zavala*. En los últimos diez años el historiador mexicano, galardonado con el Premio Príncipe de Asturias, publicó nuevos libros y artículos, reeditó otros y participó en foros académicos con tal asiduidad y fortuna, que el inventario de sus logros se ha enriquecido en un tercio más, manifestándose como testimonio de rendimientos crecientes, fruto de la constancia y firmeza de labores realizadas a lo largo de sesenta años contados a partir de 1933, en que recibió el grado de doctor en derecho por la Universidad Central de Madrid. Tenía entonces 24 años.

Los escritos están al alcance del lector en librerías y bibliotecas, hay posibilidad de beneficiarnos de esa parte sustantiva de su obra. Más difícil resulta apreciar lo que en diversos ámbitos académicos ha realizado, pues si hay recuentos de desempeños y distinciones profesionales en biobibliografías como las que mencionamos, no se aprecian significados propios de esas labores. Por ello quiero hablar ahora de un aspecto importante en la obra de Silvio Zavala, refiriéndome a la perspectiva universal que imprimió a los estudios históricos como profesor y como director en El Colegio de México. Lo hago como recuerdo personal, manera propia del testimonio.

En 1963 cursé como materia optativa Historia del Derecho Patrio, impartida por el licenciado José Ignacio Conde en La Facultad

de Derecho de la Universidad Nacional. El texto básico fue la versión de los apuntes del curso que había dictado don Javier de Cervantes, quien, entre otras muchas, acudía a la obra de Toribio Esquivel Obregón, *Apuntes para la historia del derecho en México* y, a través de ésta y directamente, a dos libros de Silvio Zavala: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y *La encomienda indiana*, publicadas en Madrid en 1935. Eran entonces libros agotados, sólo podían consultarse en bibliotecas, hasta que se reeditaron, notablemente aumentados, por la Editorial Porrúa en 1971 y 1972, respectivamente.

Recuerdo aquella primera edición de *Las instituciones* y de *La encomienda indiana* y el “descubrimiento” de los *Estudios indios* (El Colegio Nacional, 1947), que reúne trabajos significativos en más de un sentido para comprender procesos institucionales y de la historia social de América y la forma en que el autor iba ampliando la gama de perspectivas y temas. Estas experiencias tuvieron lugar en 1964, cuando era ya alumno del curso propedéutico de la maestría en historia en El Colegio de México, cuyo presidente era Silvio Zavala. Los estudiantes lo veíamos de lejos, debido a la distancia impuesta por el temor reverencial y por el ritmo de sus actividades; llegaba poco antes de las diez de la mañana manejando su automóvil, un Datsun amarillo, y entraba a su oficina, donde se mantenía ocupadísimo; no había más trato personal que el del saludo. Pero poco a poco se fue haciendo su presencia algo propio en la vida del grupo; además de las referencias que hacían los profesores en clase, la conversación con los compañeros de la generación anterior nos hizo ver su interés en la historia económica y social, ellos habían trabajado en el seminario que dirigía y los escritos de clase se iban a publicar. Pudimos constatar ese interés de Zavala en el amplísimo campo de la historia económica y social, cuando, con motivo de algunas conferencias lo vimos entre el público y escuchamos las preguntas que hacía y su participación en las discusiones. Entre las muchas intervenciones que pudiera traer a cuento, quisiera mencionar la pregunta que dirigió a Pedro Armilla cuando terminó

una magnífica exposición sobre las chinampas y otros sistemas de cultivo en el Valle de México antes de la llegada de los españoles. Zavala preguntó que si con los estudios realizados habría posibilidad de calcular la población, a lo que Armillas respondió con un “todavía no”, que vino a hacerse sí quince años más tarde, luego de muchos trabajos. Aquello ocurría a principios de 1965, y debemos tomar en cuenta la actualidad que en esos años cobraba el estudio de la población en el México prehispánico a la luz de la historia cuantitativa.

El recuerdo de esas experiencias me ha hecho valorar la presencia de Silvio Zavala como investigador en los actos académicos y el liderazgo asumido en la comunidad. Atraía a personalidades para que presentaran y discutieran sus proyectos y estaba presente entre los estudiantes y profesores, compartiendo y estimulando el interés sobre diversos temas. Hay que destacarlo, pues no se percibe en las escuetas menciones curriculares, donde se enlistan puestos directivos como el de la presidencia de El Colegio de México.

Esa apreciación me lleva a recordar programas de los cursos organizados en los años en que Zavala era presidente del Colegio y profesor del Centro de Estudios históricos.

La continuidad en la vida del Centro de Estudios Históricos era un hecho, garantizaba el buen aprovechamiento de los recursos que el presidente y los profesores aportaban. Discípulos de Silvio Zavala ocupaban entonces el primer plano, Luis González, como profesor y director y María del Carmen Velázquez, como profesora y después, también, como directora; José Miranda y José Gaos, maestros de las generaciones anteriores, estaban ahí y su presencia confirmaba la riqueza de una larga trayectoria que fructificaba fortaleciendo la identidad de la institución. Unos y otros estaban de acuerdo con la amplia visión que el presidente del Colegio tenía sobre la historia y otras ciencias humanas, de tal suerte su idea de convocar a profesores europeos, para que se hicieran cargo de algunos cursos de maestría, se acogió bien y se articuló armónicamente en el apretado e interesantísimo plan de estudios del Centro.

Hay que advertir el énfasis en los idiomas. Cursos de inglés en el propedéutico y luego de francés, a fin de manejar la bibliografía y también, en su momento, para seguir las clases impartidas por profesores invitados, que vinieron a enriquecer el programa de la maestría. La relación con profesores extranjeros, los más de ellos franceses, fue en verdad una aportación de Silvio Zavala, empeñado en equilibrar con la perspectiva europea la norteamericana, que, por razones tan obvias como la vecindad, la actualidad de la política y la atracción de las universidades estadounidenses en que se cultivaban las ciencias sociales, tendía a imponerse.

Zavala consideraba que la experiencia de los europeos tenía mucho que aportar en la enseñanza de la historia. Esto se vio muy claramente en el curso de Geografía Humana, impartido a lo largo de dos semestres por Claude Bataillon, en 1964 y 1965. Sobre la base de ejemplos de otras partes del mundo y los estudios que entonces realizaba Bataillon en diversas regiones de México, cobraba actualidad la relación entre geografía e historia, beneficiada en la tradición del sistema europeo. A ese curso, impartido en castellano, siguieron, dentro del orden cronológico y sistemático plan de estudios, otros que se impartieron en francés: los Historia Antigua, Egipto y Asia Menor, por Françoise Bataillon, y Grecia y Roma, por Jean Rose; el de Instituciones y Movimientos Sociales, por Jean Meyer, joven profesor que llegó el segundo semestre de 1965 e inició el curso al comenzar el año siguiente; Edad Media, con Jacques Heers y ya en la historia Moderna y Contemporánea, la de los pueblos eslavos y la Unión Soviética, a cargo de Roger Portal. Estas clases ocupaban cuatro horas semanales en el aula. Hubo también un magnífico seminario con trabajo de campo, a cargo del geógrafo Bernard Kayser.

Para los monolingües, que éramos mayoría en el grupo, aquella fue una grata experiencia, rebasamos la barrera del idioma; además de la información, lograda en claras exposiciones y en riquísima bibliografía, conocimos nuevas perspectivas y estilos de trabajo. Son beneficios de los que podemos seguir sacando provecho.

La perspectiva se amplió para acoger la historia asiática. El curso que impartió Prodyot Mukherjee, Historia Social y Cultural de la India, durante el primer semestre de 1965 fue una revelación. El inglés de Mukherjee resultaba clarísimo, más que por la pronunciación silábica de los hindúes, por la capacidad de comunicar ideas interesantes.

Esa concurrencia de profesores extranjeros en perfecta consonancia con los de casa resulta inconcebible sin la presencia de Silvio Zavala en la presidencia, asumida por él como un verdadero liderazgo académico, del cual dio muestra al presentarse, como he dicho, en actos públicos de cierta formalidad, y acabaría de dárnosla en el recogimiento del aula, durante el curso de Expansión de Europa, impartido en el primer semestre de 1966.

Preparaba entonces la obra monumental *El Mundo Americano en la Época Colonial*, que publicó poco después (1968) la Editorial Porrúa, en dos volúmenes, de los que cuidó diligente e inteligentemente María del Carmen Velázquez. El curso fue una exposición de perspectivas y problemas de la historia del Nuevo Mundo, advirtiendo las dimensiones geográficas, económicas, políticas y culturales (en un sentido amplio, desde la diversidad de técnicas y artefactos materiales hasta las visiones científicas, filosóficas y religiosas), haciendo grandes recorridos para comparar lo ocurrido en el norte, donde confluyeron franceses, ingleses, holandeses; seguir al sur, con los españoles y portugueses, pasar de las costas al interior de los continentes sin perder de vista las islas y los contactos con Europa y llegar hasta el Pacífico. La historia comparada era el criterio guía y el enriquecimiento de perspectivas y tenía que manifestarse en la elección de un tema para trabajos mensuales que debíamos elaborar.

Debo señalar que este curso recogía, en cierta forma, rendimientos de una empresa mayor, como fue la elaboración del ambicioso Programa de Historia de América en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, cuya Comisión de Historia presidió Silvio Zavala; además, el trabajo de los estudiantes de mi generación para ese curso se había ido preparando desde el primer semestre, con

lecturas encomendadas por María del Carmen Velázquez en los ejercicios de clase de Técnicas de Investigación, que abarcaron obras básicas, como *Europa y la expansión del mundo*, de John H. Parry, diversas crónicas de la conquista y obras etnográficas apuradas en el denso curso de Etnografía de América, que impartió Paul Kirchhoff. Sólo así se explica el rendimiento satisfactorio que, unos con más y otros –como yo– con menos facilidad, logramos en los escasos tres meses de ese curso-seminario impartido por Zavala, debido a que, como se había anunciado desde el principio, saldría del país para hacerse cargo de la Embajada de México en Francia.

La continuidad que implicaba la amplitud de la perspectiva del curso no se perjudicó. Una segunda parte, referida a la expansión europea en Asia y en África estuvo a cargo del profesor Edward J. Foulkes, ameno expositor y buen conocedor de la historiografía británica sobre el tema.

El alma de esa visión europea-universal en los programas de enseñanza e investigación fue Silvio Zavala. Incitaba a utilizarla en las reflexiones sobre problemas particulares de las historias nacionales al ocuparse de temas concretos de mayor o menor amplitud, pero siempre vinculados a la experiencia de la investigación. Poco o nada decía expresamente sobre los problemas de teoría y método de la historia, de los que se ocuparon en sendos cursos y seminarios maestros tan avezados como Luis González, José Miranda y José Gaos –según recuerdo el orden temporal en que se sucedieron sus clases dentro del programa.

De las cuestiones teórico-metodológicas se ocupa Zavala al tratar temas concretos, resolviendo los problemas que se plantean en el curso de las investigaciones, como podrá comprobarlo el lector de sus trabajos de mayor y de menor extensión. Afortunadamente, se ha dado tiempo para conversar sobre su experiencia, recogiendo el significado de la obra tan propiamente humanística, como es la del historiador, que forma a quien lo realiza al tiempo que ensancha y hace más comprensiva la visión del mundo que comparte con los destinatarios de su obra.

En alguna entrevista, de la que ahora no puedo dar referencia precisa, hacía don Silvio una alusión a lo que significa la experiencia del historiador al saberse como una de las muchísimas realizaciones de la infinita diversidad humana. El ir en pos del pasado nos enriquece si somos conscientes de nuestras limitaciones, si aprendemos de los testimonios las diferencias que nos separan de otras sociedades y tratamos de comprenderlas, llegaremos de ese viaje enriquecidos; pero si nos complacemos en la ignorancia y tratamos de hacer valer las preocupaciones y conceptos de nuestro presente en la visión de las realidades del pasado, regresaremos empobrecidos. La realidad histórica —decía en esa entrevista, que trato de reproducir de memoria— es como el mar, uno lo ve siempre el mismo y cambiante, y no nos cansamos de verlo.

De la imagen del mar se ha valido también para explicar, con mucha propiedad el aliento de la obra histórica en su experiencia.

Veo en el estudio de la historia —decía a Peter Bakewell concluyendo una “Conversación sobre historia” en 1982— como una de las ocupaciones propias del *homo sapiens*. Pero quien rema en frágil barca en el océano del conocimiento histórico aprende que el conocimiento es infinito; el avance, si alguno hay, es modesto y sólo a corta distancia alcanzable; mas por ello mismo sabe que esa labor no puede agotarse y que dará razón a su empeño hasta agotarse los últimos días de su existencia. (*Memoria de El Colegio Nacional*, T. XI, X, I, 1982, pp. 13-28)

Recientemente apareció un libro (*Egohistorias. El amor a Clio*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroaméricaines, 1993), en el que Jean Meyer recoge testimonios autobiográficos de humanistas mexicanos que han hecho aportaciones al conocimiento del pasado desde distintas perspectivas. El último es el de Silvio Zavala (pp. 203-232), quien recoge de su experiencia la visión de tres etapas. La primera de nacimiento de la vocación y de formación, realizada en ambientes adecuados, con profesores de calidad y recursos, como fondos testimoniales y bibliotecas; la segunda, de ser-

vicio, en la que se ha de sacrificar la plena dedicación intelectual para atender deberes colectivos que encomienda la sociedad; finalmente la del retiro, que según don Silvio puede ser muy fructífera. Y en su caso lo es y lo será, pues la madurez le ha traído los más abundantes y sazonados frutos.

### Nota

- \* Una primera versión oral de estos ensayos se presentó en las *Jornadas de Homenaje a Silvio Zavala*, organizadas por la Secretaría de Difusión Cultural y Extensión Universitaria de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en la ciudad de Morelia, los días 2 y 3 de septiembre de 1993.